

La espada de Joram

Margaret Weis
Tracy Hickman

Volumen 2

La Profecía



Nacido sin Magia, Joram es uno de los Muertos. Durante varios años vive entre proscritos, subsistiendo gracias a su ingenio y a sus habilidades. Poseedor del secreto de la piedra–oscura decide regresar al reino encantado de Merilon para reclamar sus derechos al trono.

En el camino, un encuentro fortuito, o quizá no tan fortuito, le proporciona no sólo un poderoso aliado sino también la oportunidad de aprender algo sobre el manejo de las espadas.

Repetición

No había habido ningún banquete aquella noche en los aposentos del Patriarca Vanya.

—Su Divinidad se encuentra indispuerto —fue el mensaje que los Ariels llevaron a aquellos que habían sido invitados.

Entre éstos se incluía el cuñado del Emperador, cuyo número de invitaciones para cenar en El Manantial aumentaba según empeoraba la salud de su hermana. Todo el mundo se había mostrado muy amable y terriblemente preocupado por el bienestar del Patriarca. El Emperador ofreció incluso su *Theldara* personal al Patriarca, ofrecimiento que fue rehusado respetuosamente.

Vanya cenó solo, y tan preocupado estaba el Patriarca que muy bien podría haber estado comiendo salchichas con sus Catalistas Campesinos en lugar de cosas tan delicadas como lengua de pavo real y cola de lagarto, que apenas si probó, no dándose cuenta siquiera de que estaban poco hechas.

Una vez que hubo terminado y hecho que le retiraran la bandeja, bebió un coñac y se sosegó para esperar hasta que la diminuta luna del reloj de cristal de su escritorio llegara a su cenit. La espera resultaba difícil, pero la mente de Vanya estaba tan ocupada que descubrió que el tiempo pasaba más rápidamente de lo que había esperado. Los rengordetes dedos se arrastraban incesantemente por los brazos del sillón, tocando ahora este hilo de su tela de araña mental, ahora aquél, contemplando si necesitaba reforzarse

o repararse, lanzando nuevos filamentos donde fuera necesario.

La Emperatriz: una mosca que pronto estaría muerta.

Su hermano: heredero al trono. Una especie diferente de mosca que requería una consideración especial.

El Emperador: su cordura era en el mejor de los casos precaria, la muerte de su adorada esposa podría muy bien hacer que se viniera abajo una mente ya de por sí débil.

Sharakan: los demás imperios de Thimhallan observaban aquel estado rebelde con demasiado interés. Se lo debía aplastar y dar una lección a sus habitantes. Y junto con ellos, borrar totalmente del mapa a los Hechiceros del Noveno Misterio. Aquello iba saliendo muy bien... o había ido saliendo.

Vanya se removió inquieto y echó un vistazo al reloj de cristal. La diminuta luna empezaba a despuntar ahora en el horizonte. Con un gruñido, el Patriarca se sirvió otro coñac.

El chico. Maldito chico, y maldito también ese condenado catalista. La piedra—oscura. Vanya cerró los ojos, estremeciéndose. Estaba en peligro, en peligro de muerte. Si alguien descubría alguna vez la increíble metedura de pata que había cometido...

Vanya vio aquellos ojos codiciosos que lo vigilaban, esperando su caída. Los ojos del Lord Cardinal de Merilon, quien había hecho ya —según se rumoreaba— planes para redecorar los aposentos del Patriarca en El Manantial. Los ojos de su propio Cardinal, un hombre que pensaba con lentitud, desde luego, pero que había ascendido a través de las diferentes categorías con paso lento y seguro, piso-teando todo aquello o a aquellos que se interponían en su camino. Y había otros. Vigilando, esperando, ansiosos...

Si llegaban a oler siquiera su fracaso, se lanzarían sobre él como grifos, desgarrándole la carne con sus espolones.

¡Pero no! Vanya cerró con fuerza una mano rechoncha, luego se forzó a sí mismo a calmarse. Todo iba bien. Había planeado cada contingencia, incluso las más improbables.

Con aquel pensamiento en la mente y dándose cuenta de que la luna estaba ya finalmente acercándose a la parte superior del reloj, el Patriarca alzó su mole del sillón y se dirigió, a pasos lentos y calculados, a la Cámara de la Discreción.

La oscuridad era vacía y silenciosa. No había ninguna señal de trastorno mental. Quizá fuera una buena señal, se dijo Vanya mientras se sentaba en el centro de la redonda habitación. No obstante, un estremecimiento de temor recorrió la telaraña cuando envió su llamada a su valido.

Esperó, sus dedos crispándose como las patas de una araña.

La oscuridad seguía siendo inmóvil, fría, silenciosa.

Vanya lanzó de nuevo su llamada, los dedos cerrándose sobre sí mismos.

«Puede que conteste o puede que no», le había dicho la voz. Sí, eso sería muy propio de él, ese arrogante...

Vanya lanzó un juramento, sus manos sujetándose con fuerza a la silla, bajándole el sudor por la frente. ¡Tenía que saberlo! ¡Era demasiado importante! Tendría...

Sí...

Vanya aflojó las manos. Empezó a pensar, dándole vueltas en la cabeza a aquella idea. Había previsto todas las contingencias, incluso las improbables. Y aquélla la había previsto incluso sin saberlo. Así piensan los genios.

Recostándose en la silla, la mente del Patriarca Vanya tocó otro hilo de la telaraña, enviando una urgente llamada a alguien que, lo sabía, no esperaría en absoluto recibirla.

LIBRO I

01

La llamada

—Saryon...

El catalista flotaba entre la inconsciencia y la pesadilla que era su vida consciente.

—¡Divinidad, perdonadme! —murmuró febrilmente—. ¡Llebadme de vuelta a nuestro santuario! Liberadme de esta terrible carga. ¡No puedo soportarlo! —Agitándose en su tosca cama, Saryon puso las manos sobre sus cerrados ojos como si quisiera borrar de ellos las espantosas visiones que el sueño sólo servía para intensificar y hacer aún más aterradoras—. ¡Asesinato! —gritó—. ¡He asesinado! ¡No una vez sólo! ¡Oh, no, Divinidad! Dos veces. ¡Dos hombres han muerto por mi culpa!

—¡Saryon!

La voz volvió a repetir el nombre del catalista, y esta vez sonó con un ligero tono de irritación.

El catalista se encogió, hundiéndose las palmas de las manos en los ojos.

—¡Dejad que me confiese a vos, Divinidad! —sollozó—. Castigadme como queráis. ¡Lo merezco, lo deseo! ¡Entonces me veré libre por fin de sus rostros, de sus ojos..., que no dejan de atormentarme!

Saryon se sentó en la cama, soñoliento. No había dormido durante días; el agotamiento y la excitación habían

conseguido vencer a su mente temporalmente. No tenía la menor idea de dónde estaba ni por qué aquella voz —que él sabía que se encontraba a cientos de kilómetros de distancia— podía hablarle con tanta claridad.

—El primero fue un joven de nuestra Orden —continuó el catalista con voz entrecortada—. El Señor de la Guerra utilizó mis poderes para otorgar Vida con el fin de asesinarlo. Aquel desgraciado catalista no tuvo la menor posibilidad, ¡y ahora también el Señor de la Guerra está muerto! ¡Yacía ante mí indefenso, toda su fuerza desaparecida por *mi culpa*! Joram... —El catalista bajó la voz hasta convertirla en un apagado murmullo—. Joram...

—¡Saryon!

La voz sonó severa, con un tono de apremio y dominio que, finalmente, sacó al catalista de su confuso estupor.

—¿Qué? —Saryon miró a su alrededor, tiritando en sus húmedas ropas. No se encontraba en el santuario de El Manantial; estaba en la helada celda de una prisión. La Muerte lo rodeaba por doquier. Las paredes eran de ladrillo, piedra creada por la mano del hombre y no mediante la magia; en el techo de vigas de madera que había sobre su cabeza se apreciaban los golpes de las herramientas; la frías barras de metal, forjadas utilizando las Artes Arcanas, parecían por sí solas formar una barrera que cerraba el paso a la Vida—. ¿Joram? —llamó Saryon en voz baja con los dientes apretados a causa del frío.

Pero una mirada a su alrededor le bastó para comprobar que el muchacho no estaba en la celda, que ni siquiera había dormido en su cama.

—Claro que no —se dijo Saryon estremeciéndose.

Joram estaba en el bosque, deshaciéndose del cadáver... Pero entonces, ¿de quién era la voz que había oído con tanta claridad? El catalista hundió la cabeza entre las temblorosas manos.

—¡Os ruego que toméis mi vida, Almin! —suplicó con fervor—. Si realmente existís, tomad mi vida y poned fin a

este tormento, a este sufrimiento. Porque me estoy volviendo loco...

—¡Saryon! ¡No puedes evitarme, si es que ése es tu propósito! ¡Me escucharás! ¡No tienes elección!

El catalista alzó la cabeza mirando a todas partes con ojos desorbitados, mientras un escalofrío más helado que el más frío soplo de viento invernal le recorría el cuerpo.

—¿Divinidad? —preguntó con labios temblorosos. Poniéndose en pie con dificultad, el catalista paseó la mirada por la pequeña celda—. ¿Divinidad? ¿Dónde estáis? No puedo veros y, sin embargo, os oigo..., no comprendo...

—Estoy en tu mente, Saryon —respondió la voz—. Te hablo desde El Manantial. Cómo lo consigo es algo que no te concierne, Padre. Soy muy poderoso. ¿Estás solo?

—S... sí, Divinidad, por el momento. Pero yo...

—¡Pon orden en tus pensamientos, Saryon! —La voz volvió a sonar impaciente—. ¡Están tan revueltos que no puedo leerlos! No es necesario que hables. *Piensa* las palabras que vayas a pronunciar y yo las oiré. Te concederé un momento para que te calmes mediante la oración; luego espero que estarás en condiciones para atenderme.

La voz calló, pero Saryon siguió notando su presencia en el interior de su cabeza, zumbando en su mente como un insecto. Intentó tranquilizarse apresuradamente, pero no mediante la oración. Aunque apenas unos momentos antes había suplicado a Almin que le ayudara a abandonar esta vida —y aunque aquel desesperado ruego había sido totalmente sincero—, Saryon sintió brotar en su interior un primitivo y vivo deseo de supervivencia. El mero hecho de que el Patriarca Vanya fuera capaz de penetrar en su mente de aquella forma le aterraba y llenaba de cólera, no obstante se daba cuenta de que no estaba bien sentir cólera. Como un humilde catalista que era, debería sentirse orgulloso de que el gran Patriarca dedicase su tiempo a investigar sus indignos pensamientos. No obstante, en lo más profundo de su ser, en aquel mismo lugar sombrío del que procedían

sus pesadillas nocturnas, una vocecita se preguntaba fríamente: «¿Cuánto sabe? ¿Hay alguna manera de que me pueda ocultar de él?».

—Divinidad —dijo Saryon, indeciso, girando sobre sí mismo en el centro de la oscura habitación, mirando temeroso a su alrededor como si el Patriarca pudiera aparecer en cualquier momento surgiendo de la pared de ladrillos—, me resulta difícil calmar mis... pensamientos. Mi mente inquisitiva...

—¿La misma mente inquisitiva que te ha llevado a moverte por senderos de oscuridad? —preguntó el Patriarca con disgusto.

—Sí, Divinidad —repuso Saryon con humildad—. Admito que éste es mi punto flaco; pero me impide que preste atención a vuestras palabras al no saber por qué medios nos estamos comunicando. Yo...

—¡Tus pensamientos son desordenados! No conseguiremos nada de esta forma. Muy bien —la voz del Patriarca Vanya resonaba en la mente de Saryon; parecía enojada, aunque también resignada—. Es necesario, Padre, que como jefe espiritual de nuestro pueblo, me mantenga en contacto con los más remotos confines del mundo. Como sabes, existen algunos que buscan reducir nuestra Orden a poco más de lo que éramos en la antigüedad: duendes que servíamos a nuestros amos bajo la forma de animales. Debido a esta amenaza, es necesario que muchas de mis comunicaciones, tanto con otras personas de nuestra Orden como con aquellos que nos están ayudando a protegerla, sean totalmente confidenciales.

—Sí, Divinidad —murmuró Saryon, nervioso. La oscura noche que había más allá de la enrejada ventana de la celda empezaba a transformarse en un grisáceo amanecer. Podía oír ya algunas pisadas en la calle, pisadas de aquellos que empezaban su jornada al mismo tiempo que el sol. Pero aparte de esto el pueblo dormía todavía. ¿Dónde estaba Joram? ¿Lo habrían capturado, se habría descubierto el ca-

dáver? El catalista entrelazó las manos e intentó concentrarse en la voz del Patriarca.

—Mediante recursos mágicos, Saryon, se creó una cámara para el Patriarca del reino mediante la cual puede atender en privado a aquellos de sus seguidores que precisen ayuda. Llamada Cámara de la Discreción, es particularmente útil para comunicarse con quienes llevan a cabo ciertas tareas delicadas que deben mantenerse en secreto por el bien del pueblo...

«¡Una red de espías! —pensó Saryon sin poder contenerse—. ¡La Iglesia, la Orden a la que he dedicado mi vida, no es en realidad más que una gigantesca araña, sentada en el centro de una inmensa telaraña, adaptada a cada uno de los movimientos de aquellos a los que atrapa en sus viscosas garras!»

Era un pensamiento aterrador, y Saryon trató inmediatamente de desterrarlo de su mente.

Empezó a sudar de nuevo, a pesar de que su cuerpo temblaba de frío. Acobardado, esperó a que el Patriarca le leyera la mente y le regañase; pero Vanya siguió hablando como si no hubiera oído, hablando con gran detalle sobre la Cámara de la Discreción y su funcionamiento, permitiendo que una mente hablara con otra por medios mágicos.

Tan tenso que los músculos de las mandíbulas le dolían por el esfuerzo que le suponía mantener los dientes apretados, Saryon se puso a reflexionar.

«¡El Patriarca no ha advertido mis desordenados pensamientos! —pensó—. A lo mejor es porque, tal como dijo, tengo que concentrarme para hacerme oír. Si es así, y si soy capaz de controlar mi mente, podría hacer frente a esta invasión mental».

Al tiempo que Saryon se daba cuenta de esto, se le ocurrió también que él oía únicamente aquellos pensamientos que Vanya quería que oyese. No le era posible atravesar aquellas barreras que el mismo Patriarca había

creado. Lentamente, Saryon empezó a relajarse. Esperó hasta que su superior hubo terminado.

—Comprendo, Divinidad —respondió el catalista, concentrando todos sus esfuerzos en sus palabras.

—Excelente, Padre.

Vanya parecía complacido. Hubo una pausa; el Patriarca estaba considerando y concentrándose cuidadosamente en sus próximas palabras. Pero cuando habló —o más bien cuando sus pensamientos cobraron forma en la mente de Saryon— sus palabras fueron rápidas y concisas, como si las repitiera de memoria.

—Te envié a una misión peligrosa, Saryon: la de intentar prender a un joven llamado Joram. A causa de lo peligroso de la misma, empecé a preocuparme por tu bienestar cuando no recibí noticias tuyas. Por lo tanto, consideré que lo mejor era contactar con un colaborador mío en quien confío plenamente con respecto a ti...

«¡Simkin!» —pensó Saryon instantáneamente sin poder controlarse.

Tan intensa era la imagen del muchacho en su mente que era seguro que la había trasladado a la del Patriarca.

—¿Qué? —Vanya pareció confuso al verse interrumpido en pleno discurso.

—Nada —musitó Saryon precipitadamente—. Os pido disculpas, Divinidad. Mis pensamientos se han visto perturbados por..., por algo que ocurría en el exterior...

—Te sugiero que te apartes de la ventana, Padre —replicó el Patriarca con aspereza.

—Sí, Divinidad —contestó Saryon, hundiendo las uñas en las palmas de las manos, utilizando el estímulo del dolor para que lo ayudase a concentrarse.

Hubo una breve pausa. ¿Vanya intentaba recordar por dónde iba? ¿Por qué no lo escribía?, se preguntó Saryon, irritado, al percibir que los pensamientos del Patriarca se habían apartado de él. Luego la voz regresó de nuevo. Esta vez estaba llena de preocupación.

—He estado, como ya he dicho, preocupado por ti, Padre. Y ahora ese colaborador, a quien se le había indicado que cuidara de ti, hace cuarenta y ocho horas que no se pone en contacto conmigo. Mis temores han aumentado. Espero que no suceda nada malo, Saryon.

¿Qué podía contestar Saryon? ¿Que su mundo se había vuelto del revés? ¿Que se aferraba a la cordura con las puntas de los dedos? ¿Que hacía tan sólo un momento había deseado morir? El catalista vaciló. Podía confesarlo todo, decirle al Patriarca que conocía la verdad sobre Joram, suplicar clemencia a Su Señoría y ponerse de acuerdo con él para entregar al muchacho tal y como se le había ordenado. Todo terminaría en un momento y la atormentada alma de Saryon descansaría al fin.

En el exterior de la prisión, el viento —un último vestigio de la tormenta de la noche pasada— golpeaba en las paredes, estrellándose contra ellas en un esfuerzo vano por penetrar en el interior. Saryon oyó unas palabras en el viento. Palabras que Saryon había oído diecisiete años antes; las del Patriarca Vanya sentenciando a un niño a morir.

—¡Padre! —La voz de Vanya, tensa y fría, era como un eco de su memoria—. ¡Vuelves a estar distraído!

—Os... os aseguro que estoy perfectamente, Divinidad —tartamudeó Saryon—. No necesitáis preocuparos por mí.

—Le doy gracias a Almin por ello, Padre —dijo Vanya en el mismo tono de voz que utilizaba para agradecer a Almin el pan y el huevo que desayunaba cada día. Vaciló de nuevo. Saryon percibió una agitación interior, una lucha mental. Las siguientes palabras fueron pronunciadas de mala gana—. Ha llegado el momento, Padre, de que tú y tu... hum... guardián, mi colaborador, os pongáis en contacto. Me he enterado de la creación de la Espada Arcana...

Saryon sofocó un grito.

—... Y ahora no podemos demorarnos más. El peligro que representa para nosotros el muchacho es demasiado grande. —La voz de Vanya se volvió desapasionada—. De-

bes traer a Joram a El Manantial lo antes posible, y necesitarás la ayuda de mi colaborador. Ve a ver a Blachloch. Infrómale de que yo...

—¡Blachloch! —Saryon se dejó caer sobre el camastro, el corazón latiéndole en los oídos con el mismo estruendo que el martillo de Joram—. ¿Vuestro colaborador? —El catalista se cogió la cabeza con manos temblorosas—. ¡Divinidad, no podéis estaros refiriendo a Blachloch!

—Te aseguro, Saryon...

—Es un renegado, ¡un proscrito de los *Duuk-tsarith*! Es...

—¿Un proscrito? ¡Tiene tanto de Señor de la Guerra proscrito como tú de sacerdote proscrito, Saryon! *Es uno de los Duuk-tsarith*, es un miembro destacado de su organización, escogido con sumo cuidado para esta delicada tarea, igual que lo fuiste tú.

Saryon se oprimió la cabeza con las manos, como si quisiera evitar que los pensamientos se agitaran en su cerebro. Blachloch, el cruel y sanguinario brujo, era un *Duuk-tsarith*, un miembro de aquella sociedad secreta que tenía como deber hacer cumplir las leyes en Thimhallan. ¡Era un agente de la Iglesia! Y era también responsable de haber cometido un asesinato a sangre fría, de haber asaltado un pueblo y robado todas sus provisiones, de haber dejado que sus habitantes murieran de hambre aquel invierno...

—Divinidad —Saryon se pasó la lengua por los labios reseca y agrietados—, este Señor de la Guerra era... ¡un hombre malvado! ¡Un ser perverso! Él... Yo lo vi matar a un joven Diácono de nuestra Orden en el pueblo de...

El Patriarca lo interrumpió.

—¿No conoces el antiguo dicho: «Las sombras de la noche son más oscuras aún para aquellos que se mueven a plena luz»? No nos precipitemos al juzgar al ordinario mortal, Padre. Si reflexionas con calma en el incidente del que hablas, estoy seguro de que descubrirás que el asesinato

fue motivado por la necesidad, o tal vez adviertas que sólo fue accidental.

Saryon vio de nuevo al brujo convocando al viento, vio cómo la brutal ráfaga de aire levantaba al indefenso Diácono como si fuera una hoja y lo arrojaba contra la pared de la casa. Vio aquel cuerpo joven derrumbarse sin vida sobre el suelo.

—Divinidad —se aventuró a decir Saryon, estremeciéndose.

—¡Ya es suficiente, Padre! —lo interrumpió con severidad el Patriarca—. No tengo tiempo para lloriqueos mojigatos. Blachloch hace lo que sea necesario para mantener su disfraz de Señor de la Guerra renegado. Lleva a cabo un juego muy peligroso entre esos Hechiceros de las Artes Arcanas que lo rodean, Saryon. ¡Qué es una vida, después de todo, comparada con las vidas de miles o las almas de millones! Y es eso lo que depende de él.

—No comprendo...

—¡Entonces dame una oportunidad de explicarlo! Te cuento esto en el más estricto secreto. Antes de que partieras, ya te conté los problemas que tenemos en el reino septentrional de Sharakan. La situación empeora día a día. Los catalistas que abandonan los preceptos de nuestra Orden aumentan en popularidad y en número; además facilitan Vida indiscriminadamente a cualquiera que lo solicita. Debido a esto, el rey de Sharakan cree que puede tratarnos como le parezca. Ha confiscado los bienes de la Iglesia y los ha anexionado a su tesoro; también ha enviado al Cardinal al exilio y lo ha reemplazado por uno de esos catalistas renegados. Planea invadir y conquistar Merilon y se ha aliado con los Hechiceros de la Tecnología entre los que vivís para que le suministren sus demoníacas armas...

—Sí, Divinidad —murmuró Saryon, escuchándolo sólo a medias, intentando desesperadamente pensar en lo que debía hacer.